

vienen para corregir nuestras propias caídas. Es lo que llamamos el milagro... Es lo que llamamos la redención... Diría que Dios nos ha echado como peces al gran mar de la vida, y nos deja ir y venir libremente por la superficie y la profundidad. Nos atisban los anzuelos de muchos pescadores diabólicos. Con frecuencia los mordemos y en nuestra boca queda el dolor de la pinchadura... Pero no estamos irremisiblemente perdidos: algún día podríamos morder el anzuelo de Dios..." (página 206).

No obstante la densidad psicológica y filosófica de sus páginas, la novela de Hugo Lingo se deja leer, si no apasionadamente, al menos con preocupada atención. Hay episodios de marcado dramatismo: la flagelación de Renato, por ejemplo, en el capítulo inicial. Un tono esquemático y hondo de sensaciones, como éste, sostenido a través de una narración entera produciría una novela maestra. Hay páginas en que la acción y el escarceo analítico decaen bordeando en lo trivial. Los tres personajes centrales, Renato, Andrés y Dora, especialmente esta última, se destacan nítidamente en su integridad humana. Otros, como Lucrecia Maravilla, don Sebastián y Mr. Smith, no alcanzan jamás una contextura real: una es simple esbozo de caracterización, los otros dos son símbolos manejados demasiado obviamente.

Con la publicación de esta obra, Hugo Lindo se perfila como el primer novelista de su patria y nos da justificados motivos para esperar de su pluma, disciplinada y llena de genuina inspiración, nuevas realizaciones que le aseguren un lugar de prestigio en el panorama de la novela hispanoamericana.—*Fernando Alegría.*

■

“EL VADO DE LA NOCHE”, de *Lautaro Yankas*

Hallar en el cauce torrencioso de un río chileno el sitio señalado y pasarlo en pie enjuto, es obra del conocimiento. Hallarlo en la noche requiere algo más: junto al saber del río y de la tierra, del ru-

mor del agua y del color del cielo, confianza en la sombra familiar y mucha inspiración. Todo eso debe poseer Lautaro Yankas, autor de *El vado de la noche* que ha cruzado con éxito la corriente donde se mezclan paisajes y hombres de nuestra América. Con la seguridad de quien siente la palpitación de una comarca, traza cuadros que debieran perdurar en las antologías de su patria, y el alma de sus personajes es tan humana, tan viva y propia del terruño indígena, que burla de pronto las intenciones del autor y se larga sola, por senderos de vida ultraliteraria, a comentarse libremente.

Lautaro Yankas es profesor de Estado. Lo que entre nosotros equivale a decir profesor secundario. Ha recorrido Chile enseñando en sus liceos. Según propia confesión escribe sus cuentos y novelas en los días de fiesta o durante las vacaciones superando las fatigas docentes, cercado por las lluvias y el hastío, acuciado por una vocación profunda que no se aleja demasiado del sentido esencial de su profesión. Ser maestro de veras pide saber e inspiración. Lo mismo que hace falta para escribir una novela como *El vado de la noche*. El maestro Manuel Soto Morales ha usado la inspiración que le sobra para convertirse en Lautaro Yankas y escribir relatos donde la verdad y el arte reconstruyen el universo.

*El vado de la noche* recibió el Premio Latinoamericano de Literatura otorgado por representantes de las Universidades latinoamericanas. Se ha tratado de caracterizar la novela como neocriollista, por el sentido dinámico y moderno con que se enfocan tipos y paisajes. Al lector desprevenido, al hombre común, esta novela ha de gustarle por motivos muy ajenos a las polémicas de escuela. El indio mapuche y su mujer viven angustiados y oprimidos en una tierra cuya inclemencia la rodea con vahos de sol o frío tajante. A pesar de que eran conocidos en la literatura chilena, muchas de sus pinturas resultan inéditas: el machitún y el velorio del tío, el rastroteo de las mujeres y los "güeñis", la pulpería de pueblo donde se chupan en un día el producto de la cosecha anual, el "guillatún" —ceremonia religiosa para pedir lluvia— y otros cuadros de la vida campesina, tienen resonancia de una realidad cuyo verismo nos duele. Las

pinturas del paisaje recuerdan por contraste los fuertes cuadros de Luis Durand. Durand nos pinta en épocas pasadas la Frontera hirviente de acción, tipos de iniciativa y carácter que superan a la naturaleza, canta el himno de la raza chilena frente al mapuche vencido, desquiciado por el alcohol y desplazado de su tierra. El mapuche también es el personaje de Lautaro Yankas. Allí está sobre sus últimos retazos de tierra: la reducción. El novelista lo capta en figura, ámbito y lenguaje. No opina y esta es una de las mejores condiciones de su novela. Conocemos el vacilante pensamiento de José Quítril, los desvelos de Carmela y Juana, los avances del huinca don Carlos, las admoniciones del cacique Curamil y la prédica nostálgica de Trarilonco, un personaje algo injertado, de extraño simbolismo, que encarna la tradición indígena. Trarilonco habla de las hazañas y los héroes antiguos, de los "traidores" que ayudan al blanco y se pone, en suma, al lado de todo lo que justifica en el indio la añoranza, el rencor, la picardía, la delincuencia. El cacique, en cambio, tiene frases de piedra, duras como la leña que corta de un solo hachazo y como la vida que soporta para ejemplo de su raza: "Comerás tierra y porquería porque el vino te engaña, y te comerás las desgracias y las plagas del cuerpo". José Quítril, como todo espíritu simple, escucha las palabras más afines a su propia inclinación: sigue la mística falaz de Trarilonco porque le habla de astucia y pelea, no de paz y trabajo. Se hace cuatrero y cruza el vado, noche tras noche, con animales robados. Junta dinero y derrocha su tranquilidad. Pero el dinero no le sirve para alimentar a su familia y termina con una bala policial en el cuerpo. No obstante, la sencillez del final, en apariencia aleccionante, el dilema subsiste, y es el dilema sociológico de los países con población indígena numerosa, un conflicto entre la capacidad y la voluntad del indio para asimilarse a la civilización, que se le presenta bajo la forma enemiga de ciertos hombres. La literatura de Hispanoamérica ha presentado este problema con sesgos diferentes, desde la pintura eglógica y estilizada hasta la visión parcial y desnuda. Lautaro Yankas equilibra con rara imparcialidad los elementos de juicio. *El vado de la noche* no es un tratado de sociolo-

gía ni un alegato racial, sino una obra de arte, una novela. Queda por destacar aún, junto a la veracidad pintoresca y natural de los diálogos, una prosa rica en belleza y sencilla en su construcción, directa, recortada, donde el vocablo araucano surge con oportunidad insustituible.—*Antonio Pagés Larraya.*

■

“DIÓGENES” Y OTROS ESCRITOS

El 8 de marzo de 1871 apareció el primer número del periódico *Diógenes*, que dirigía el acerado periodista chileno Justo Arteaga Alemparte. En aquellos años terminaba su mandato presidencial el astuto y flemático don Joaquín Pérez y se vislumbraba en el horizonte la candidatura oficial de don Federico Errázuriz. El quijotesco paladín que hubo en el espíritu ejemplar de Arteaga Alemparte, se aprestó para combatirlos. Lo hizo con una adjetivación cáustica, con una dialéctica de gran frescura, haciendo sentir a cada momento el localismo de nuestra patria frente a la vastedad del mundo. He aquí algunas de sus frases: “Cualquiera que sea la acogida que *Diógenes* encuentre en el público, me dirá de un modo bien claro, y sin que intervengan las lisonjas de la amistad, si un hombre que ha dirigido a su país la palabra durante largos años, puede llegar a formarse un hogar propio, un hogar libre, un hogar en que domine su voz, su pensamiento, su opinión”. “Afirmamos sin rodeos, que tenemos antes los vicios que las virtudes de la democracia. Vanidad, envidia, celos, odio agreste e indomable a toda superioridad, he ahí nuestro mejor bagaje democrático. No hay otro país en que las mediocridades sean más festejadas ni sean más afortunadas. Estamos en la patria de la mediocridad”.

De 1871 a 1957 no han variado grandemente las cosas; basta tratar de orientarse en cualquiera de nuestras actividades a fin de apreciar que los clanes y “patotas”, que la solidaridad estrecha de los que ocultan una común flaqueza, llega a regirnos. Hay cierto